

LA MARAVILLOSA FAUNA DEL ORIENTE COLOMBIANO

Por: MILTON PUENTES, I. C.

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 109, Volumen 30
1976*

Colombia tiene 300.000 kilómetros cuadrados de tierras andinas, que están clasificadas de esta manera: 23% son afloramientos de rocas debido a la erosión geológica. El 5% está rodeado y perdido casi de manera definitiva. El 25% son suelos próximos a perderse en el curso de poco tiempo por erosión intensa. El 22.5% son tierras que han perdido en gran parte su capacidad natural de producción y el 24.5% son suelos que perderán en un futuro casi inmediato su capacidad natural de producción.

Sombríos y trágicos son estos coeficientes de la marcha de la cordillera a los océanos, debido a la ninguna técnica agrícola empleada en el cultivo de todas estas tierras laderas, a las que nuestros ríos les están quitando por la erosión o deslave que ocasionan los malos regadíos y las lluvias, materias orgánicas, para llevar hacia el mar una proporción equivalente a 1.000 fanegadas diarias, lo que equivale a decir que cada año perdemos 36.500 fincas de 10 fanegadas cada una, cuyo valor aproximado es de mil millones de pesos, y cuyas trágicas consecuencias para el futuro alimentario de nuestra raza son sencillamente apocalípticas.

Las tierras planas colombianas son unos 839.000 kilómetros cuadrados, gran parte de ellos cubiertos de selvas y los otros de gramíneas naturales.

Los Llanos Orientales constituyen la mayor parte de sus suelos planos. Su primigenia fecundidad ha venido destruyéndose ya casi en un 60%, debido a las quemadas, que convierten en ceniza sus pastos, ceniza que el viento se lleva luego, dejando de esa manera el terreno desnudo para que la lluvia arrastre fácilmente su mantillo vegetal y sus sustancias nutrientes, que como el nitrógeno, el fósforo y el potasio son la vida de las plantas. Así, de esa manera, los preciosos Llanos han ido calcinándose y convirtiéndose primero en hollines, luego en arenales desolados, que más tarde serán desiertos, que le contarán a las generaciones futuras que allí hubo una vez una civilización, que el hombre la arrasó con las llamas.

Estas quemadas son la muerte de la tierra, no solamente por la erosión que después ocasionan el viento y la lluvia, sino porque en los diez primeros centímetros de la superficie del suelo hay una flora bacteriana, integrada por millones de microorganismos, que son el alimento y el fertilizante de la vegetación y que al pasar las llamas quedan destruidos y calcinados por completo.

A las estepas así tratadas inconscientemente por la mano del hombre, se suceden los desiertos. El Sahara fue una estepa como las nuestras, pero el hombre lo fue convirtiendo en yermos por la acción de las quemas. Desde el siglo XV el Sahara avanza hacia el Sur, en un frente de unos 3.000 kilómetros, aproximadamente a un kilómetro por año. Es decir, cada año se convierte en desierto de arena unos 3.000 kilómetros cuadrados de estepa.

Y si a estos incendios de nuestras llanuras agregamos la deforestación, por la tala incontrolada y el incendio despiadado de nuestras selvas, que son una gran esponja de humedad, que regulan la fijación y retención de las aguas y las precipitaciones pluviales, podemos estar seguros de que estamos acabando como orates con nuestros suelos de cultivo, cuya capa vegetal es lixiviada, in fertilizada, precisamente ahora cuando la explosión demográfica está pidiendo con angustia más tierras, más suelos que calmen el hambre de un pueblo, de una sociedad que deja morir diariamente cien niños por inanición y que está sufriendo de hambre crónica en una proporción del 80% de sus habitantes.

Nuestros estadistas desconocen casi por completo este proceso de destrucción de las sustancias nutritivas del suelo colombiano.

El llanero incendia las sabanas para que vengan los tiernos retoños que deleitan a los ganados, pero no sabe que así está aridificando y asesinando sus tierras. Si el gobierno importara 10.000 tractores, que cuestan 200 millones de pesos y que se podrían pagar en largos plazos, y se los alquilara al campesino para cortar las malezas y remover las tierras, se evitarían las quemas y se evitaría la desintegración de nuestros suelos y la desnutrición trágica de la nación colombiana.

Ninguna entidad como el Ejército estaría capacitada para salvar a Colombia del escalofriante desastre de la muerte de sus suelos.

El Ejército no puede continuar en su anacrónica tarea de desarraigar para siempre al campesino de su tierra amada y extraviarlo definitivamente de sus virgilianas labores del agro, o sea de su gea, de su flora y de su fauna. El servicio militar hay que llevarlo al campo y de esa manera formar el soldado agricultor, adiestrándolo en el manejo de las armas y el cultivo de la tierra con tractores y abonos, según una ley existente, presentada en el senado en 1949 por el autor de este librito. De ese modo, el Ejército le repararía en parte a Colombia los 800 millones de pesos que gasta del presupuesto nacional, y pondría a todos sus enormes efectivos humanos y mecánicos a solucionar el más angustiante problema que afronta hoy el país.

No hay que olvidar jamás que la riqueza, la grandeza y el poderío de las naciones provienen de la tierra. La estructuración intelectual de los pueblos, la cultura, las industrias de transformación, su fortaleza síquica, moral y militar, todo proviene de la fecundidad de sus tierras y de la técnica con que se tratan. Pueblo mal alimentado es una entidad, adinámica, sin cerebro, sin huesos, sin músculos, sin

reciedumbre espiritual para los embates de la vida. Un pueblo con hambre es una agrupación perezosa, apática, triste, rebelde, amargada, saturada de rencores y sin ánimo alguno para el trabajo fecundo y creador. Para no citar sino un solo ejemplo, volvamos los ojos al Japón de hoy. El milagro de su extraordinaria recuperación, obedece a que allí de cada tres agricultores, uno tiene servicio de tractores.

La entidad mejor organizada que tiene Colombia y que le demanda mayores gastos es el Ejército. Y por eso el Ejército, si quiere hacer la grandeza de Colombia, debe volver los ojos a la tierra y encauzar sus grandes recursos a la revolución agraria que necesita el país y que Incora está tratando de hacer con muy pocos recursos.

El pueblo colombiano a pesar de las enseñanzas de odio recibidas, es una de las agrupaciones humanas de más excelentes características. Pero los hombres son como las fieras: el hambre los encoleriza, más la solución no está en la muerte.

El hombre de las llanuras es panteísta. Y lo es, porque allí está concentrada toda la nimbada belleza y la munífica mansedumbre de la creación. La llanura es el mar, que en un momento se quedó dormido y al despertar ya estaba convertido en una inmensa floresta de tórridos encantos.

Regiones prodigiosas de la Patria colombiana esas llanuras adorantes y pródidas, de mítica y hechicera belleza, que ofrecen una sensación de plenitud, un áspero sabor de inmensidad, una impresión de arrobante fuerza cósmica y un hálito de pujante inmensidad y de poderosa fuerza primitiva.

Si el mar deja asombrado y atónito al hombre con su ecuórea majestad rugiente, las paradisíacas y exultantes llanuras orientales hipnotizan y enamoran su corazón.

"El mar da una impresión de majestad tremenda". La llanura despierta un sentimiento de majestad dulce. El mar pone el espíritu en vela azorante. Y la zahonada llanura lo adormece. El mar es un monstruo colérico que brama sin descanso. Y la llanura es una doncella dormida, peinada de palmeras y con sus incitantes labios pintados con el múrice divino de los atardeceres. El mar es hosco y traidor y nos ofrece el terror en sus borrascas. La llanura nos ofrece su amor en el ósculo inocente de sus floraciones.

Si el hombre "es el primer diálogo entre la naturaleza y Dios", según Goethe, en la llanura, que es el paraíso de América, el diálogo es de amor.

Ese centón intermimo del Llano, de poderosa primordialidad es un universo diferente en el conjunto de su vida telúrica.

-----<< >>-----

El lucimiento del día es en el Llano un grandioso espectáculo de oro y de luz. Hay momentos del amanecer en los que el cielo, la tierra los ríos, la selva, se convierten en un solo y dorado resplandor.

Es entonces cuando el sol, como una fantástica flor de ópalo y de carmín, ha abierto ostentoso sus flamígeros pétalos, que hienden los espacios de argentada púrpura.

La naturaleza despierta así a su vida plena y una geórgica música de cantos se eleva de la tierra como una oración de armonía. Del epitalamio de todos los nidos, canoras gargantas ensayan sus flautas dulcísimas o preludian los tiernos gorgeos de su amatividad.

El dorado cielo va cubriéndose de nubes blancas de garzas o de trechos rosados de corocoras, el ibis de América.

Las bandadas de guacamayas azules o rojas, pasan conversando su lenguaje vagabundo de trashumantes.

Las inmensas parvadas de loros, como escandalosos ebrios, se dirigen veloces y bullangueros, a dorar la esplendente esmeralda de sus plumajes en el alborear de la mañana.

Silenciosas flotas de patos, cubren el cielo de líneas ondulantes, que se pierden en el horizonte, en busca del espejo de las lagunas, para peinarse entre las ninfas.

Solitarias águilas, siguen sus desconocidos rumbos, en su vuelo móvil, alertado, acechante y suave.

Describir la belleza panorámica de un atardecer en el Llano es como pretender narrar una tempestad síquica, desatada en los incendiados subfondos de un genio enloquecido. O como pretender grabar en palabras los enceguedores fulgores de una tormenta de sucesivas explosiones nucleares.

Las sublimes bellezas de la naturaleza no se pueden describir sino admirar, de la misma manera que el amor no se puede traducir en palabras sino sentir sus conmociones profundas, iluminadas de consolaciones y de esperanzas o eclipsadas por el desengaño devastador.

El crepúsculo es en la llanura el frenesí exilarante de la luz y de los colores, que entre las espumas inestables del cielo presenta su ornamentación de flámulas a la mirada atónita del hombre y de la bestia.

A veces el sol se esconde discreto entre las gasas ambarinas de una nube temblorosa, que se torna translúcida y permite ver al imponente astro como una inmensa hostia de rojo opaco, que se recuesta ya sobre el dombo de la tierra adormilada de palmeras.

Y entonces se ve que del centro de ese sol así muriente, sale hasta la mitad de los espacios un abanico gigantesco, que en sus radios resplandecientes ostenta el color bermellón, el amarillo, el verde, el azul, el morado, pero divididos y subdivididos en todos los tonos y gamas, desde los más sombríos y profundos hasta los más difuminados y débiles. De manera que en ese perfecto abanico que se extiende por las alturas, estallan todos los cromos y matices que la mente humana pueda jamás imaginarse sobre la armonía radiante de los colores, fundidos en un abrazo apoteósico.

Y en cada tarde de la llanura el crepúsculo es diferente en su magnificante tristeza agónica, pero siempre imperial en su lujuria de colores, y con sus dionisiacos mantos revestidos de dorado eter, de esplendoroso tisú o empapados en el rojo sangriento de sus carmines.

Las bellezas geográficas y humanas conllevan una rara característica voltiza y mutable, es decir, son cambiantes y tornadizas, desconcertantes por la manera como pasan de la apacible dulzura a la encrepada reacción.

No hay noches más luminosas ni rutilantes que las del Llano. Cuando la luna navega imperial en su blanda góndola de argento, la luminiscencia es tan clara que se puede leer perfectamente. Y las constelaciones tienen más esplendor. La joyante tersura de la comba sidérea, se adorna de cabrilleantes perlas, de ígneos rubíes, de tiernas amatistas, de palpitantes ópalos, de tristes topacios, de fulgurantes diamantes. Son las estelares joyas que se pone la noche en su amplio pecho de profundo azul.

Pero, al contrario, cuando el cielo se pone tenebroso, entonces la noche se torna impenetrable y medrosa, y es precisamente cuando los tigres alumbran las espesuras con la fosforescencia esmeraldina de sus ojos inquisidores.

El día, en ocasiones está azul, sofocante. Sin que una sola nube navegue por el plafón limpio del firmamento. Y cuando menos se piensa, esa paz purísima del cielo se cambia. Nubes de sombrío lapislázuli se forman en líneas de batalla. Rápidamente se encolerizan los espacios, la tempestad

mueve sus alas de buitres, los rayos descienden como arpones de fuego y la borrasca se desata desbordada, entre huracanes rugientes y truenos ensordecedores.

Después, casi inmediatamente, sigue la paz absoluta, sedante, transparente, limpia. La tierra, el hombre, las bestias, los árboles, todo queda saturado de un dulce fluido eléctrico, que ilumina el espíritu, que ablanda las arterias, que satura la creación toda de lumínica alegría. Las aves rompen sus preludios, otra vez el cielo se torna celeste o se pinta con el bermellón escandaloso con que acostumbra dormirse en sus crepúsculos de verano.

En el Llano llueve 8 meses con uniforme constancia. Diciembre, enero, febrero y marzo son los meses del encendido verano. Entonces se opila y se mustia la vegetación y los incendios forestales pasan como bestias apocalípticas, dejando todo entenebrecido de carbones y de muerte.

Pero cuando retorna el invierno, la vernal naturaleza se prende de tallos, las esbeltas palmeras reverdecen sus amplios plumones, los árboles se visten de nidos y la vegetal vida inunda de frescura vigorosa y plena la grata tierra, ofendida y maltratada por las llamas.

Al traducir a un lenguaje político lo que son las quemadas, podría decirse que las llamas son la violencia desatada sobre la tierra: cuando las llamas pasan con su fuliginosa bandera de muerte, sólo quedan carbones, cenizas, huesos calcinados, luto, aves exiliadas y sin nidos y con sus leves corazones huérfanos.

Estas estepas llaneras guardan en sus salvajes parajes una subyugante y riquísima fauna. No tiene la América los grandes animales del África, como el elefante, el rinoceronte, el hipopótamo o el gorila. Pero su variedad en animales menores silvestres es muy numerosa y de atrayente caza.

Las espesas y extensas selvas americanas y sus ilimitadas pampas guardan en su seno el mismo poder de emoción y la misma magnitud de grandiosidad de las misteriosas estepas africanas.

Penetrar en las partes más profundas y deshabitadas del Llano, adentrarse en sus grandes selvas impregnadas de rumores y musicalidades virgilianas, discurrir por las orillas de sus ríos gigantes, bordear los altos juncales de sus esteros, es sentirse en la jungla africana.

Existen los mismos peligros, se experimentan iguales ansiedades, se esperan emociones parecidas y se sufre el rigor igual y avasallante de las canículas sofocantes.

Guardadas las proporciones de extensión; nuestro Llano sublime y desconocido es para el cinegetismo y para la aventura exploracionista, un África pequeña, en donde el hombre exquisito de nuestros días puede sentir el éxtasis estético frente a un escenario en el que la naturaleza muestra sus desnudas y portentosas reliquias de los orígenes de la vida.

-----<< >>-----

Nadie como Rivera, ha logrado describir ese medio de salvaje impresionante, cuando los personajes de "La Vorágine" presencian los incendios de la sabana, cuyas llamas de kilómetros y kilómetros de anchura, avanzan devastándolo todo con sus lenguas implacables.

O cuando la estampía de los ganados encerrados, rompe los corrales, y los toros destripan en su veloz carrera a los hombres y a los caballos que intentan detenerlos.

O cuando uno de los vaqueros que lidia una torada recibe una cornada, que le penetra por un oído y le sale por el otro, y luego su cuerpo, como un pobre colgajo, es llevado en los cuernos del toro furioso que se esconde con el cadáver en los ilimitados pajonales.

O cuando en la lucha de dos hombres, de Arturo Cova y de Barrera, el primero logra empujar herido al Río Negro, a Barrera, que le ha robado su amor, y a los pocos segundos de haber caído el cuerpo a las aguas, flota el desnudo esqueleto, devorado por los caribes.

O cuando la ronda de las hormigas tambochas avanza incontenible, dejando tras de sí esqueletos de hombres, de ganados, de fieras y de todos los seres vivientes que encuentran a su paso.

O cuando Arturo Cova, febricitante, enloquecido y perdido en la selva, ve a los árboles que le gesticulan, que lo llaman, que lo gritan y que lo agarran con sus múltiples dedos de bejucos y ramazones. Y entonces es él, Arturo Cova, quien enloquecido le habla así a la selva de aterradora majestad:

iOh selva! esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina!

¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabellones de tus ramajes, como inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje, a la hora de tus crepúsculos angustiosos. ¿Dónde estará la estrella querida que de tarde pasea las lomas? ¿Aquellos celajes de oro y múrice con que se viste el ángel de los ponientes, por qué no tiemblan en tu dombo? ¡Cuántas veces suspiró mi alma adivinando al través de tus laberintos el reflejo del astro que empurpura las lejanías, hacia el lado de mi país, donde hay llanuras inolvidables y cumbres de corona blanca, de cuyos picachos me veía a la altura de las cordilleras? ¿Sobre qué sitio erguirá la luna su apacible faro de plata? ¡Tú me robaste el ensueño del horizonte y sólo tienes para mis ojos la monotonía de su cenit, por donde pasea el plácido albor, que jamás alumbraba las hojarascas de tus senos húmedos! Tú eres la catedral de la pesadumbre, donde dioses desconocidos hablan a media voz el idioma de los murmullos, prometiendo longevidad a los árboles imponentes, contemporáneos del paraíso, que eran ya decanos cuando las primeras tribus aparecieron y los que esperan impasibles el hundimiento de los siglos venturoso. Tus vegetales forman sobre la tierra la poderosa familia que no se traiciona nunca. El abrazo que no pueden darse tus ramazones los llevan las enredaderas y los bejucos y eres solidaria hasta en el dolor de la hoja que cae. Tus multítonas voces forman un solo eco al llorar por los troncos que se desploman, y en cada brecha los nuevos gérmenes apresuran sus gestaciones. Tú tienes la adustez de la fuerza cósmica y encarnas un misterio de la creación. No obstante, mi espíritu sólo se aviene con lo inestable, desde que soporta el peso de tu perpetuidad, y, más que la encina de fornido gajo, aprendió a amar a la orquídea lánguida, porque es efímera como el hombre y marchitable como su ilusión.

Déjame huir, ioh selva! de tus enfermizas penumbras, formadas con el hábito de los seres que agonizan en el abandono de tu majestad! iTú misma pareces un cementerio enorme donde te pudres y resucitas! ¡Quiero volver a las regiones donde el secreto no aterra a nadie, donde es imposible la esclavitud, donde la vida no tiene obstáculo y se encuentra el espíritu a la luz libre! Quiero el calor de los arenales, el espejo de las canículas, la vibración de las pampas abiertas. ¡Déjame tornar a la tierra de donde vine, para desandar esa ruta de lágrimas y sangre, que recorrí en nefando día, cuando tras la huella de una mujer me arrastré por montes y desiertos" en busca de la venganza, diosa implacable que sólo sonrío sobre las tumbas!"

Esa jungla indomeñable y profunda, a la que así le habla Arturo Cova, es una de las más poderosas atracciones ejercidas sobre la sensibilidad del hombre exquisito, y quien a veces termina por entregarse enmaniguado a su magnético y salvaje dominio.

Indudablemente que en sus senos, como en las grandes profundidades marinas, palpita una vida desconocida.

Esa vida misteriosa de la selva se perciba en toda su plenitud en las horas de la noche. Acercarse a ella o penetrar en la lóbrega oscuridad en sus dominios, es sentir plenamente todos sus aterradores peligros, todo el espanto de su sonora soledad, todo el murmullo de sus criaturas y percibir casi la respiración de esos seres desconocidos que la habitan, que nadie ha visto pero que todo el mundo presiente y adivina.

Son sus Dríadas? Son sus Ninfas? Son sus Náyades? Son sus Sílfides? Son hechizantes Deidades? Son impalpables Divinidades? O son espíritus bárbaros y tímidos, que en la majestad nocturnal le hacen las confidencias de sus cuitas a los ancianos árboles?

El bosque tiene algo de nuestra alma, dice el Padre Pérez Arbeláez. Los griegos y los romanos de la edad de oro, pensaron que los árboles tenían humana vida. Ovidio refiere que una Amadriade vivía en una añosa encina, pero que un día el leñador Erischton cortó la encina, de la cual manó tibia y abundante la sangre, a los gritos de la ninfa, que angustiada decía: "me matas, soy la ninfa amada de Ceres, pero pronto seré vengada". Y así, Erischton murió de sed y no encontró fuente alguna donde calmar el fuego de su atormentada garganta.

En todo caso, bajo los coposos árboles de la selva se presiente y se oye la plenitud de esa vida de hirsuto misterio, y en la epidermis y en el alma, pasa su helada mano el calofrío del peligro.

Y es ese peligro, precisamente, la fuerza magnética que subyuga al corazón humano y lo atrae irresistiblemente a las bocas de sus desconocidos abismos.

En estas selvas de amplitud ilimitada, en estas estepas crinadas de canículas, vive una múltiple fauna selvática, que constituye el viviente encanto de estas tierras, en las que parece que el tiempo se duerme como un anciano cansado sobre el largo hilo de su camino.

-----<< >>-----

El recio y ágil jaguar, o tigre, es el monarca imperioso y soberbio de estos vastos confines. Se conocen seis diferentes especies: el Serrano, el Sabanero, el Negro, el Blanco, el Canaguaro y el Tigrillo.

El Serrano vive en los últimos contrafuertes de los Andes, que llegan a apaciguarse y adormecerse sobre el Llano. Su terciopelo avellanado está salpicado de anillos negros, su cuello es esbelto y casi blanco; sus grandes ojos glaucos relumbran en las espesuras, sus zarpas se mueven quedas y ágiles en el andar, su dura estampa electriza y sus pequeñas orejas inquietas se mueven sin cesar, interrogando los senderos. De un manotazo desnucan un toro, y su potente rugido se oye como un trueno rodando por la tierra.

Cuando se ve perseguido por el hombre, apega sus fauces sobre el suelo y hace que su rugido vibre sobre la tierra con ondas de espanto. Todos los animales se aterrorizan al presentirlo y huyen despavoridos. Las vacadas se convocan en círculo, llevan al centro a los terneros, y los toros más fuertes montan la guardia y se aprestan a una lucha de vida o de muerte.

A veces el felino se arroja al ataque o se retira taimado, himplando su rencor. Este jaguar Serrano es el más peligroso de todos y su tamaño medio alcanza hasta dos metros desde el hocico hasta la iniciación de la cola.

El Sabanero es más largo y ágil que el Serrano, pero menos agresivo. Los anillos sombríos de su sedosa piel gualda son más pequeños. Su enigmática y elástica estampa felina lo asemeja mucho al tigre de Java. Vive en los pajonales de la sabana o en el fondo de las selvas planas. Es más que todo nocturno. Como el Serrano, recorre grandes distancias y casi siempre, como sus congéneres, se le ve solitario y embargado en sus planes siniestros.

Las hembras, solas o con sus cachorros; son más esquivas, y raras veces salen de las espesuras del bosque profundo. A veces se reúne la familia para darse un baño y jugar en los arenales de los grandes ríos.

En la Sierra de la Macarena, que se yerque al Sur del Río Ariari y que es la única cordillera colombiana que se orienta de Este a Oeste, hay un curioso fenómeno de la zoología, y es un Tigre Negro, de gran tamaño, de lustrosa piel de ónix, de igníferos ojos esmeraldinos y de carniceras garras. Es muy parecido a la pantera negra del África y del Amazonas, aunque la pantera tiene un grácil y prieto porte femenino, es más astuta, su cara buída y su cola más larga e inquieta.

Tesoro geológico, zoológico y de la prehistoria, es esta Sierra de la Macarena, interpuesta al Ande, refugio de animales desconocidos y cuna remota de una civilización perdida en los milenios.

La presencia del Tigre Negro en estas regiones macarenas, es la expresión clásica de sus abscontos misterios inviolados, de su rarísima fisiografía y de la espesura corpulenta de su impenetrable bosque.

La Macarena es un paraíso del mundo, en donde se concentran especies exóticas y primigenias de los tres reinos de la naturaleza.

En las dulces y apacibles sabanas de La Hermosa, que lindan con el anchuroso Meta, se ha visto la rarísima especie del Tigre Blanco, también de gran tamaño, de inquietante mirada verde, pero de menor peligrosidad que el negro. La blanca presencia de su altivo porte, con sus dos fosforescentes esmeraldas de ojos, y el aterciopelado pelaje de su piel, le imprimen un aire de noble majestad rampante. Tal vez este espécimen de felino no exista en ninguna otra parte del mundo.

El Canaguaro es un tigre mediano, audazmente atrevido, de menudas pintas negras en su fondo de oro. Es un asesino sanguinario de los terneros y de los roedores de la selva y de la sabana.

Y el Tigrillo, de valiosísima piel de sedosa suavidad, tiene el tamaño de un robusto gato angora y conlleva la ladina malicia del zorro.

Otro de los grandes felinos llaneros es el león Puma, de zarpas poderosas y pelaje leonado. No tiene melena como el león africano; su tamaño es más pequeño, pero posee un avaro y sádico instinto implacable, que lo convierte en la más dañina de las fieras americanas. Su sórdida avaricia y su glotonería lo llevan a matar en una sola noche hasta medio centenar de los animales de un rebaño menor, y apenas si se come una pequeña parte de uno solo.

En las cercanías del profundo Manacacías, que es uno de los ríos más bellos de la tierra, habitan los pumas más grandes de América. Se han visto admirables ejemplares platinados, lo que hace pensar

que se trata de otra especie desconocida. Los pumas se ven solitarios o en grupos familiares y no permiten en sus dominios la presencia de ningún otro felino.

Entre los plantígrados del Llano y sus cordilleras aledañas, están el Oso Pardo y el Frontino, muy corpulentos y de poderosa fuerza. El Oso Hormiguero y el Rabo de Caballo, son más pequeños e inofensivos.

El Hormiguero sólo se alimenta de hormigas y algunas raíces. Tiene una larguísima trompa que mete en los hormigueros, y lo adorna una hermosa cola, abierta como una palma. En cada mano tiene dos uñas que miden hasta 15 centímetros y cuando pelea con el tigre, lo agarra con ellas, y a pesar de que el tigre lo mata, el oso ya no lo suelta nunca y ambos mueren sin poder separarse.

-----<< >>-----

La Llanura tiene también varias especies de cánidos salvajes. El Perro de Agua es uno de ellos. Vive en las aguas cristalinas de los ríos y parece que es desconocido en otros continentes. Tiene hasta metro y medio de largo y su piel, de austero gris, es más fina que la más delicada seda.

El Ulamá es un canino que vaga por las sabanas y los bosques. Se sube a los árboles como los pumas y casi siempre se le encuentra en grupos numerosos, Su piel es negra y brillantísima y su cuello va orlado con una graciosa corbata color de naranja.

Deambulan en el inmenso Llano muchos otros mamíferos carnívoros, como grandes gatos, nutrias, zorros de diferentes tamaños y especies, y la vida de todas estas bestezuelas se desliza en las estuosas pampas y en las húmedas y arcanas selvas. Viven de las Lapas, los Guatines, las Ardillas, los Conejos, los Coatíes, los Curíes y las aves.

Como si existiera una rara correlación entre la libertad y la llanura, de la que dijo el Libertador "que convidaba a la independencia", y como si la llanura fuera pasto espiritual del valor, y esta virtud se extendiera a las bestias salvajes, no existen en sus praderas y bosques animales viles y ruines como la hiena o el chacal.

Entre las especies paquidérmicas sobresalen la Danta común y la gigante, que puede clasificarse como el Rinoceronte americano, por su enorme peso.

En el Llano viven muchas especies de marranos, como el Báquiro, más voluminoso que el jabalí europeo; el Zaíno, el Cafuche, que anda en grandes manadas para defenderse del jaguar; el raro y temible Puerco Espín; y el tímido y simpático Chigüiro, cerdo anfibio, con membranas en los cascos, y ladronzuelo incorregible en las labranzas del agricultor llanero.

En la orilla derecha del inmenso Meta, tiene sus palacios subterráneos el Ocarro, armadillo gigante de deleitosas y exquisitas carnes y cuyo peso llega a veces hasta 80 kilos. Otras especies más pequeñas de armadillos se ven correr en las sabanas como baloncillos que empujaban jugadores invisibles.

Ingenuos y apuestos como los gamos y los antílopes en las praderas africanas, se ven en la llanura varias especies de cérvidos, cuyos grandes ojos color de ágata, asaltan la inmensidad para perderse en veloces carreras por sus confines.

Los pesados y confiados quelonios o tortugas, extraordinarios vestigios del mundo reptiliano de antaño, conllevan su dormida y apacible vida inocente en los ríos y en los esteros. Sus nidadas de

innúmeros huevos, depositados en los arenales y tapados por ellas con cautelosa inteligencia, constituyen un apreciable alimento del hombre.

Y como los niños no pueden faltar en ninguna parte, la selva tiene permanentemente a sus inquietos hijuelos. Corren por sus troncos, por sus gajos, por sus cimbras. Gritan, silban, ríen, lloran y desordenan el simétrico peinado de los ramajes. Cuando ven al hombre o al jaguar -para ellos es igual, su asustada inocencia se quiebra en silencio, sus brillantes ojos se visten de lágrimas y su sensibilidad previsor la hace desaparecer vertiginosa, como alertada pandilla de chicuelos.

Estos niños del laberinto húmedo de las selvas, son sus numerosos simios. Son el Araguato, el más grande de todos y con voz grotesca y pastosa de adulto; el Marimonda, el Careto, el Tití y muchas otras familias inclassificadas. En el bochorno infinito de las espesuras opulentas, forman las zambras, hacen sus diabluras y sus pilatunas, rompen los huevos de los nidos y destruyen los florones de las orquídeas.

Todavía hay en la llanura manadas de caballos salvajes. Sus relinchos se oyen como gritos metálicos en la pradera y a veces se les ve apostando carreras con los huracanes desatados por la pampa sin límites.

Numerosísimas son las especies de ofidios que interrogan con la muerte al hombre y a la bestia. Por una coincidencia rara, el hombre y todos los animales, mansos y salvajes, experimentan un terror irreprimible ante los reptiles venenosos, los cuales todavía pueblan la tierra en proporciones fabulosas.

La Anaconda azul y el Güio negro, fantásticas boas de agua cuya presencia produce una hipnótica parálisis de espanto, y cuya longitud llega en ocasiones hasta los 20 metros, son un inminente peligro para el hombre y, sobre todo, para los animales de la selva y para los ganados. Fácilmente una boa de estas atrapa un novillo y lo tritura para engullírselo después.

El Perdicero es una boa de tierra, de color uniforme de gallineta y de adefágicos instintos.

El Galán es también una boa exclusivamente de tierra. Su tamaño, como el del perdicero, puede llegar hasta los 20 metros.

Su bocado predilecto son los venados, su color es amarillo, con un adamasquinado de lentejuelas negras y blancas, entretejidas en filigranas de sorprendente belleza.

No se sabe por qué la naturaleza ha tenido especial e irónico esmero en vestir todas las pieles de las diferentes culebras con las más femeniles y deslumbrantes bellezas miméticas, quizá para recordarle al hombre que la belleza lleva en su seno la espina, el veneno o la muerte.

La Rieca es una culebra venenosísima de gran tamaño, muy parecida al pitón de la India. La inmensa Coral de Agua, que se ve entre los cristales de los caños como un reducido y palpitante arco iris. La Cuatro Narices; la Verrugosa; la Víbora; la Tres Minutos, llamada así porque en este tiempo mata a sus víctimas; la Oreya, culebra ventrílocua, que transmite silbos a las partes opuestas de donde está, para confundir a sus víctimas; la Sapa, la cobra de América y que se transforma en el grosor de una hoja cuando se aduja para morder; la Cascabel, que lleva en su cola una matraquilla que anuncia la muerte; la Mapaná, con las pestañas crespas de una linda mujer; la Macabrel, de brillante cobre; la Mórliche, de rosados círculos; la Pajiza, con color de platino; la Peluche, vestida de negrísimo terciopelo; y la Relumbres, culebra fosforescente, que alcanza hasta dos metros de

longitud, y se le ve de noche en la selva, como una diadema ondulante de luceros. Son estos los ofidios más conocidos y clásicos del Llano.

-----<< >>-----

La riqueza ictiológica de los ríos del Llano es todavía de una variabilidad insospechada, pese al uso criminal de la dinamita en la pesca. El Manatí y el Valentón son los acuátiles más grandes y su peso llega hasta las 25 arrobas. En orden descendente están entre los de piel, el Amarillo, el Cajaro, el Bagre, el Baboso y el Dorado; y de argentadas escamas, la Cachama, la Payara, la Palometa y el Yamú, entre los más atrayentes. También figura en la fauna acuática, la Tonina, enorme cetáceo de gran peso, amiga del hombre, especialmente de los niños, pues cuando los oye llorar se coloca en guardia para ampararlos de los peligros. La caracteriza una maternal ternura y en su cara juega una expresión de amorosa dulzura. Los caimanes se salen a tierra cuando la sienten, aterrorizados con su presencia.

El Pez Eléctrico o Temblón, es una poderosa pila eléctrica, de un poder tan extraordinario que su choque contra un novillo que vaya nadando, lo mata en el acto.

Los Caribes son denominados los Tigres del Río. Hay tres clases: el rojo, el negro y el blanco. Cuando atacan a un animal herido, por grande que sea, en pocos minutos dejan únicamente el esqueleto.

Perezosos, soñolientos y pausados, estos ríos de la llanura tienen también en el fondo de sus tibias aguas grandes saurios, como el Cocodrilo Negro del Meta, el Caimán común, el Yacaré y la Babilla. Las lagunas y los esteros conservan número incalculable de babillas y caimanes como monstruos antediluvianos.

La fauna alada de este lejano Oriente colombiano, es de una multiplicidad que linda con la inverosímil leyenda.

La selva, las playas de los ríos, los lagos, los esteros, conjugan en sus aves una apoteosis de la cromática belleza de los plumones y de la vasta sinfonía de los cantos, de los gorgoros, de los trinos y de los dulces gritos.

El cauto paujil, con su casco rojo de señorial copete y sus amorosos ojos de negro y húmedo azabache, es el gigante de las espesuras. El garzón soldado, imponente y marcial, con altura hasta de dos metros, se mira estático en las aguas de los esteros. El noble cóndor, con su envergadura de más de 5 metros, baja de los roquedales y calvijares andinos a la llanura para beber sus vientos tibios y para dorar sus gorgueras en los crepúsculos de ópalo. Las águilas reales, las blancas, las negras, las pardas y las doradas; los buitres; el Aruco, que late y gañe como perro, y algunas especies de buhos, son otras de las aves prominentes de las selvas y las pampas orientales de Colombia.

En garzas, grullones y patos hay cerca de 200 variedades conocidas. Pero la garza más particular de todas es la Corocora, el ibis de América, por el color rojo ígneo de sus preciosas y delicadas plumas. Y el pato símbolo es el "Carretero", parecido al "Pingüino Emperador" de la Antártida, por la dignidad imperial de su real paso.

Los guacamayos, los loros y los millares y millares de otras aves de soñada belleza, son el vivo adorno y la orquesta multisonora, que deslíe toda su selvática y vasta sinfonía en el confín de las sabanas y en la adumbración espesa y profunda del bosque inconmensurable.

Pero no hay nada tan dulcemente triste, tan conmovedoramente poético, tan salvajemente litúrgico como el coro cogitabundo y profundamente melancólico de la cofradía de las aves nocturnas. Dijérase que ellas nos traen las voces de infinita ternura y dolor de las penas que no podemos expresar con palabras. Ellas llenan la noche con sus plegarias, Con sus cuitas, con sus trémolos, con sus quejumbres, con sus pesarosos cantos, con la melodía apagada de sus dolores indescifrables, bien cuando la oscuridad es impenetrable en las noches de interlunio, o cuando la elísea luna pasea por los espacios como una palúdica princesa y ríela la floresta dormida. Hay unas que sueltan erizantes carcajadas de paradójal angustia, otras que lloran sus lúgubres agonías de amor, otras que silban como vigilantes de las tinieblas, otras que tañen su taciturnidad al telúrico silencio, otras que graznan medrosas entre los bullones tenebrosos, y otras que sólo, con los azulinos luceros de sus ojos, dialogan mudas sus elegías con los luceros de los cielos enjorjados.

No se sabe por qué causa, si acaso perciben el acre olor del tigre o por alguna consigna extraña, de un momento a otro, en forma súbita, todas quedan en absoluto silencio, para después de un tiempo iniciar nuevamente el miserere de sus conturbaciones, el coro de sus lamentos.

Prodigiosa y rica fauna la de estas virgilianas pampas de providente esperanza para la humanidad, pero fauna que el hombre con sus horrorosas carnicerías desenfrenadas ha ido destruyendo con locura inconcebible y con perjuicio tremendo para el llanero desposeído, que sólo consume carne de la caza, que es su venatorio y montero sustento.

El hombre es un producto antropogeográfico del medio. El paisaje fulgurante y de viva alacridad del Llano, iluminaban el espíritu de un pueblo confiado, cordial y de explosivas alegrías. Pero los cuatro jinetes del Apocalipsis, pasaron en la violencia reciente por las pampas y lo cubrieron todo con la muerte, las cenizas, el hambre y el dolor. La antigua alegría del llanero, la marchita hoy la llama de la tristeza, que se refleja en sus ojos de melancólicas brasas negras.

En el Llano hay unos cuatro millones de cabezas de ganado; pertenecientes a un reducido grupo de poderosos hombres de negocios. En cambio, existen unas treinta mil familias de llaneros, en las cuales hay niños de más de quince años, que nunca han probado un sorbo de leche distinta a la que en los primeros meses les dieron los pezones maternos. En semejantes condiciones fisiológicas, ¿cuál puede ser el porvenir humano-social de ese noble y bravío pueblo, maltratado ayer por la violencia y hoy por la destrucción de ese venero de su alimentación, que es su fauna silvestre?

Inconscientemente, ¿no estaremos destruyendo un valioso capital humano, o acumulando en el cielo tenebrosas nubes, que en cualquier momento desencadenen una tormenta de imprevisible cataclismo social?

Abuelo de la Libertad y esencia del heroísmo, es el pálido hijo de la llanura del Oriente colombiano. Entonces, su corazón puede ser un volcán. Y sus caballos salvajes pueden mañana piafar desbocados contra la injusticia.

En los cantares del llanero, de una trémula música de lamentos, aflora la pena profunda de esas rememoraciones espantables, que agregadas en la actualidad a su aguda subalimentación por el exterminio de la fauna, pueden estar represando un torrente de angustia, que mañana podría romperse en cataratas de asordantes conmociones.

Los estadistas, que mediten con profundidad. Mientras tanto, sigamos rastreando esta vida inocente de las criaturas de la fauna, que en la selva y en las praderas arrastran su sencilla existencia, defendiéndose del cazador que no les da tregua ni descanso.

Indudablemente los animales disponen de una excepcional sensibilidad previsor, superior no solamente al hombre sino a sus más finos aparatos indicadores. Es una especie de intuición o instinto adivinator. Cuando sobrevino el terremoto del 1º de noviembre de 1923 en el Japón, los campesinos le habían prevenido desde 15 días antes al gobierno la catástrofe, porque sus perros lo anunciaban con sus aullidos aterradores.

Sin embargo, los sismólogos oficiales negaron todo peligro. Y vino el terremoto que ocasionó cerca de 300.000 víctimas entre muertos y heridos.

Cuando se produjo la erupción del volcán en la isla de Krakatoa, perecieron todos los 26.000 seres humanos que había en la isla y ningún animal, porque todos ya se habían retirado a nado del lugar de la catástrofe.

Pero a pesar de ese sexto sentido, de su coloración defensiva mimetizante y de su extraordinaria perceptiva, que hace que todos los animales salvajes huyan del hombre, éste los ha venido exterminando y no quedará contento sino hasta cuando haya logrado su completa extinción.

Bisontes, búfalos, gacelas, jirafas, alces, antílopes, kanguros, osos y otras grandes especies, han ido desapareciendo merced al implacable exterminio.

Los preciosos leones de melena negra desaparecieron totalmente del África y de los comunes únicamente quedan con vida unos 12.000. Los elefantes, los hipopótamos, los rinocerontes, son muy pocos los que aún se conservan. Los leopardos, los jaguares, los chitas, las panteras, los gorilas, los chimpancés, también han ido desapareciendo vertiginosamente. En la India, el legendario tigre ha quedado reducido en la actualidad a unos 16.000.

Solamente en las últimas regiones árticas del lejano Norte, quedan sitios donde los animales salvajes llevan una vida de mayor seguridad. En los enormes campos cubiertos de nieve en el invierno, al llegar la primavera se convierten en ricas praderas que alimentan unos diez millones de renos y ciervos y miles de osos, ejércitos de lobos y multitud de animales de menor tamaño.

Y si la fauna terrestre se ha venido destruyendo así, la marina corre la misma suerte. La ballena Groenlandia, el mayor mamífero del mundo, está ya totalmente extinguida, y de la ballena común mueren miles todos los días. Y lo mismo les sucede a las grandes focas y a las gigantescas tortugas.

Si la América es la tierra de la esperanza para el hombre, parece que sus inmensurables bosques son las últimas esperanzas de las criaturas montaraces que todavía pueblan la tierra. Sus apretadas selvas forman el último palio de amparo para los últimos animales perseguidos encruelcidamente por los innumerables cetreros y cazadores.

-----<< >>-----

Los animales montaraces tienen una mayor personalidad que los domésticos. Son más inteligentes, más fuertes, más listos, más veloces y de más hermosa prestancia. Hablemos nuevamente de algunos de los de más relieve y de clásica singularidad y de más salvaje belleza.

El jaguar es un caudillo elusivo, cruel, tirano, taimado, orgullosamente sádico. Pedante, no le gusta hacer amistad con nadie. Inflado de vanidad como ciertos hombres, es odiado por todos los habitantes de sus dominios.

Su presencia y su olor ferroso de sangre, llena de terror al hombre y a todos los animales. Es un dictador sin entrañas, malhumorado y sin respeto por ninguna ley.

Posee la autoridad de su fuerza y de sus garras, que constantemente le gusta afilar entre la corteza de los árboles y que luego pasa como afilados y jíferos cuchillos por las vencidas carnes de sus víctimas.

Lleva una vida de perfecto orden, de costumbres austeras y de solitarias disciplinas. Su vida más intensa es la de la noche, la de las sombras. Sabe que lleva dos poderosas linternas en sus nictálopes ojos y que su fino olfato lo va guiando por los estrechos senderos.

Su estancia con la señora tigre es ordinariamente fugaz. Es demasiado personalista y autoritario para admitir las insinuaciones de su cónyuge. Y entonces la deja sola, con las crías, y él se va solitario a cazar, a andar por la selva y por las praderas y a subirse por los gajos de los grandes árboles, para otear las tierras de su mandato.

Como un ganster sin entrañas, sabe que tiene la autoridad del terror. Y cuando observa que los ganados, las bestias y los animales de la selva salen a la estampida cuando lo ven, se sonríe satisfecho, se sienta con orgullosa omnipotencia y saca la lengua y se la pasa por las fauces, por los bigotes ásperos e intensos.

Como un opulento señor vestido con real prestancia, sabe que lleva una piel con adornos de oro y de ónix. Su vestido es tan conocido, que todo animal lo distingue inmediatamente y al instante recibe el impacto del terror despavorido.

En ocasiones se le ve con la señora tigresa y con sus hijos. El va adelante y probando constantemente los vientos con su olfato. Cautó y prudente, no da un paso en falso. En el corro de su oligárquica y omnímoda familia, se reviste a veces de paternal dulzura y acaricia con amorosas garras a sus niños, inquietos y prematuramente dignificados por sus bigotillos.

Si los sorprende algún peligro, esconden inmediatamente a sus chiquillos, pero si no tienen tiempo para esto, ella los agarra en la jeta, y junto a su fuerte esposo se arroja a la acometida.

Bandido proditorio de las soledades, le place discurrir en los soñados parajes de La Serranía, terreno con ondulaciones semejantes al de un mar emborrascado, y que hace parte de la topografía de la inmensa llanura.

Sobre el lomo de estas ondulaciones, se le ve estático, inmóvil, como un centinela de la undívaga inmensidad.

Otras veces deambula por los bajíos de esta bellísima Serranía, bajíos donde crecen tupidos los morichales y brotan tiernos los pastos en los que triscan los gráciles venados, dormitan los cándidos chigüiros y tienen sus viviendas subterráneas los maliciosos zainos y los tímidos conejos.

Los Llanos no tendrían atractividad sin el jaguar. Es cierto que devora a los hombres y constantemente mata los ganados. Pero la vida sin los peligros no merece la pena de vivirse. El peligro es el aroma de la existencia, es el estímulo y el propulsor de la lucha, y sólo termina cuando las llamas de la muerte han carbonizado con su hielo las arterias.

Si el amor no tuviese riesgos y peligros, no estaría tocado por los nimbos de lo sublime. Y si la vida no fuera una irreversible enfermedad mortal, que al fin nos liquida, entonces sería la insoportable eternidad.

La llanura, la infinita y soñolienta llanura, sin todos sus connaturales e ínsitos peligros, no hubiera sido la fecunda placenta de los Libertadores y de los héroes.

En las mismas jaurías que han sido amaestradas para rastrear y acosar al jaguar, no se observa su jubilosidad sino cuando frente a la fiera oyen los estruendos electrizantes de sus rugidos y esquivan los mortales y definitivos zarpazos de sus ataques.

Con su tigresa compañera, el jaguar es severamente galante. Cuando comen en familia, él divide la presa, y no pasa bocado hasta tanto su preferida y sus hijos hayan satisfecho el apetito.

Jamás caza o mata sin necesidad. Y la comida que le sobra, la guarda en sus cavernas o la sube a los más altos árboles y la disimula con ramas para que las aves de presa no la vean.

Le tiene grave respeto al hombre, a los caimanes y a los reptiles venenosos. Y así, cuando divisa al hombre, se esconde con cuidadoso recelo. Si necesita atravesar un río, primero se cerciora que no haya caimanes cerca, Y luego, a nado esguaza presuroso la corriente. Cuando ve un reptil venenoso, se indigna y no sigue su camino sino cuando ha logrado destriparlo de un aplastante y certero manotón.

En ocasiones se enzarza en peligrosas peleas con los boas, y a veces sale victorioso, o va a parar al estómago de esos inmensos reptiles. Cuando el jaguar está encaramado en los nudosos gajos de un árbol y ve al hombre pasar por debajo, conserva una serenidad vigilante. Pero si se da cuenta de que el hombre lo ha visto primero entonces se apresta al salto sobre su natural enemigo.

No hay animal de tan peligrosa astucia como la del jaguar. Es muy difícil encontrarlo desprevenido. Muchas veces se pasa por cerca de él sin ser visto. Es superior al hombre en la estrategia del ocultamiento.

A pesar de su sanguinario instinto, en ocasiones hace amistad con el hombre. Su inteligencia le hace comprender que el hombre es superior y si encuentra su amistad, la acepta complacido pero desconfiado.

El más bello de todos los jaguares es el negro de la Sierra de la Macarena. Sus ojos hermosamente verdes, sus blanquísimos colmillos, su apuesta estampa, su aterciopelada piel brillante y renegrida, su imperial andar y su anatomía de móviles músculos de acero, le muestran como un príncipe sombrío.

Este jaguar negro no parece una bestia, sino un demonio. De nuestras fieras, es la que más traumatiza al hombre con su belleza trágica. Su mirada sinople no se puede resistir sin correr o sin dispararle en el acto.

Quien se haya encontrado con un jaguar de estos, ya no podrá olvidar jamás los amplios ojos fulgurantes de esta hermosa fiera, orgullo y terror de las selvas.

-----<< >>-----

El león puma es más pequeño que el jaguar. Es una fiera ingenua, confiada y de alma infantil. Casi siempre anda con la señora leona, que es más alta y esbelta. Los cachorrillos son muy necios e indiscretos con sus gañidos impertinentes.

El puma es un animal sumamente avaro y de una sordidez sin límites. En esto se parece mucho al hombre. Mata, no tanto para comer sino para atesorar comida. Si cien víctimas encuentran, cien víctimas asesinan. Las entierra para almacenar reservas, que jamás vuelve a buscar.

Sus ojos, de aguamarina ardiente, guardan un fondo de bondad recóndita. Cuando se encuentra con el hombre, no piensa encontrar a un enemigo y lo aguarda con palpitante inquietud.

Nunca ataca al ganado mayor, y los animales que prefiere para sus banquetes, son las ovejas, los venados y los cerdos. Le gusta la noche para sus depredaciones y casi nunca anda con sus hijos, sino los esposos solos y libres.

El más engalanado de todos los animales de la selva es el oso hormiguero. Su pelambre tiene hasta veinte centímetros de espesor y la cola es casi igual a la cola abierta de un pavo real. Su cara es menudilla y larga, y él procura esconderla con leve vergüenza, porque quizá se considera el bobo de la fauna. Ni el jaguar ni el puma tienen fuerza igual a la del oso hormiguero.

Cuando se ve obligado a la lucha, se para en las dos patas, abre los brazos como un luchador y avanza con pausado paso sobre su enemigo. Si logra agarrarlo, ese enemigo ya no tiene otra alternativa que la muerte, porque de sus poderosas garras ya no podrá librarse.

Es un animal enteramente inofensivo y muy útil, porque casi su único alimento son las hormigas. Tiene una lengua sumamente larga, que introduce en los hormigueros en busca de su predilecto plato.

Anda indiferente por los bosques o por las sabanas, agachado, con aire pensativo de filósofo y con cuerpo redondo de tranquilo burgués.

El animal más raro de toda nuestra fauna es el puerco espín. Es un pequeño paquidermo, siempre con un carácter de verrón, espinoso y hosco como la mayoría de las personas que en el medio oficial están encargadas de atender al público.

El puerco espín está armado de millares de espinas de crín, de unos dos milímetros de diámetro y de unos quince centímetros de longitud. Cuando se ve perseguido, pone en tensión la piel y despidе sobre sus enemigos estas agujas, que si no se sacan inmediatamente, pudren la carne y envenenan la sangre. Ningún animal de la selva se mete con él, y aun el mismo tigre o jaguar le teme y le huye.

-----<< >>-----

Los Llanos tienen el dédalo trágico de sus ofidios. Y realmente es fantástico este discreto universo de las culebras, que en todas partes están, pero muy rara vez se ven.

Entre las venenosas, todas son mortales y su peligro es inminente, pero con los sueros antiofídicos su peligrosidad ha sido vencida. La generalidad de los hombres del Llano cree librarse del mortal veneno con el "rezo", que consiste en la oración que un semibrujo impetra para conjurar los efectos de la mordedura del ofidio. De esa manera mueren ingenuamente muchas personas, ilusionadas con este "rezo" de ilusa magia.

El güio negro, que vive en el agua, es el reptil más dañino, y peligroso de esta fauna rastrera. Constantemente engulle marranos, venados, pequeños roedores. Pero hay ocasiones que libra verdaderas batallas con reses de gran tamaño, que llegan a beber en los caños o en los esteros.

El güio tiene una uña que engarza en un tronco debajo del agua y su cabeza también la mantiene oculta. Cuando llega la res a beber, la agarra por el belfo con sus hileras de letíferos colmillos, de los cuales no se puede zafar la víctima.

El novillo o la vaca, al sentirse agarrados despiden despavoridos y bramando lastimeramente. El güio, ante la fuerza del animal agarrado, se estira como un caucho, pero luego principia a encogerse hasta llevar a la res cerca del agua. El vacuno, ante la inminencia de ser atrapado en el agua, vuelve a correr hacia atrás con el desesperado propósito de zafarse de su verdugo.

La lucha dura horas y horas, y en esas vastas soledades nadie la presencia, nadie la ve, nadie la oye. Hasta que la res, ya cansada, cede y es arrastrada al agua. Entonces el reptil se le enrosca en todo el cuerpo, la tritura, la pone longitudinalmente y la engulle, para durar luego uno o dos meses dormido en su pesada digestión.

Así se les encuentra en ocasiones, con los cuernos de la res atravesados en su enorme jeta.

Todos los caños del Llano están poblados de estos güios y su reproducción es numerosa. Su mirada de frente es hipnótica, y el vaho o aliento que expiden paraliza a cualquier ser viviente que esté cerca.

El hombre tiene un gran amigo en la fauna acuática y es la tonina, cetáceo que puede pesar hasta media tonelada. La tonina es de una nobilísima y amorosa ternura humana.

Es especialmente amiga de los niños, los cuida con entrañable dedicación y cuando los oye llorar se desespera y da grandes saltos en el agua. Es parecida a los delfines del mar, que sacan a cabezazos a los náufragos.

En las grandes redes que botan a los profundos ríos los pescadores del Llano, en ocasiones aprisionan alguna tonina, pero entonces se apresuran a ponerla en libertad, porque la consideran un pez de bondad y de amor.

Algunos sociólogos y sicólogos consideran que cada hombre se parece a determinado animal por su aspecto físico, y que esta condición incluye determinadas correlaciones síquicas. Hay hombres con cara de tigres, que son crueles; otros, con parecido de gorilas, que son feroces; otros, con rostros de osos, que son taimados; otros, con perfil de zorros, que son astutos.

Pero hay relaciones más sutiles entre el hombre y los animales. Con los patos tiene el hombre parecidos sociales y políticos.

En los grandes esteros del Llano, no es extraño calcular cien mil patos coexistiendo, mejor conviviendo cordialmente. Pero sus clases no se mezclan, sus familias no se confunden, su condición no se involucra.

Cada clase anda separada, obedece tácitas órdenes de sus dirigentes y vive su vida unilateralmente. Cuando un disparo los asusta, todos alzan el vuelo y oscurecen el cielo, pero cada especie sigue aparte, como una disciplinada flota de aviones.

Pero entre todas las especies, existe el Pato Símbolo, que es el marcial Carretero.

Es esta un ave varonil, heroica, altiva, de imperial orgullo, Quizá de él viene la marcha del "paso de ganso", en las grandes paradas militares.

El pato Carretero anda erecto, apuesto, rígido, mirando siempre hacia adelante, con las alas ligeramente caídas y armadas en una de sus vértebras, de dos agudas espuelas, que van listas a la ofensiva como los yataganes en los fusiles.

Como ave símbolo de la espiritual delicadeza y de la frágil feminidad, está la garza Corocora, roja como las amapolas de los trigales, e imperial reina de belleza de las aves acuáticas.

La Garza Morena, tiene la candorosa belleza de una princesa india. Su impresionante plumaje precioso, es de un brillante gris-azulino, y sus ojos de éxtasis sombrío. Vive siempre recatada en lo más discreto de los hontanares, escondida como púdica y ruborosa virgen de los manantiales.

Y como caballero de magna y procera estampa y de recio porte de los esteras, sobresale el Garzón Soldado, con su penacho bélico, su gigante corpulencia y su épico tono de gladiador romano.

Ese es el Llano y esas las personalidades protoilustres de su fauna prodigiosa, que satura las infranqueables e insondables selvas, de rugidos y de musicales cantos; las pampas, de airosos cuerpos de venados; las aguas, de cetáceos gigantes; y el cielo con el jardín multicolor de sus aves.

El turista, que no conoce los secretos de esa vida de bíblica primordialidad de la llanura, debe saber que allí tiene algunos pequeños enemigos de terrible hostilidad, si es que realmente existen enemigos pequeños.

Entre ellos, la garrapata roja, pequeñísimo arácnido parásito, que fácilmente se prende y ocasiona molestias que pueden llegar hasta las lágrimas. La mejor precaución es no sentarse en el pasto ni meterse en los grandes pajonales sin antes haber fumigado la ropa con algún insecticida.

La hormiga Yanabe, insecto himenóptero del tamaño de un grillo real, y de color negro, es un maligno animalillo cuya ponzoña es tan dolorosa como la del escorpión, y su veneno siembra la mente de delirios. Vive ordinariamente en los árboles y al pasar por debajo es peligroso dar con ellas y recibir su matrera y febril ofensiva.

Son estos, leves peligros sin importancia, los que, una vez conocidos, se evitan fácilmente sin consecuencias desazonantes.

Naturalmente, como ya se dijo, la llanura tiene sus peligros. Es condición de la belleza. Es el paraíso y como tal, conlleva alguna prohibición a sus tentaciones de subyugante y apasionante embrujo.

-----<< >>-----

El hombre, que hoy habla tanto del "Estado de Derecho" debiera regresar a la selva para aprender sus leyes. En la selva no hay odios. No se mata por el placer de matar. Se mata exclusivamente para la vida. Y no quedan rencores. Y la naturaleza es buena y es amable y ampara sus criaturas. A las fieras casi nunca las deja sufrir de enfermedades. Y cuando les llega la vejez y la vida se extingue, la agonía raras veces se prolonga por más de una hora, porque la muerte llega pronto para ellas con el postrero bálsamo de su piedad definitiva.

La munificente selva todo lo perdona, hasta su propia destrucción. Cuando la torpe mano del hombre le prende fuego a sus dominios, ella, en su perdón, perfuma los espacios con el humo, de sus sándalos, que se retuercen y mueren entre las llamas abrasantes.

Pobre hombre de las ciudades, con su débil sistema nervioso aniquilado por infernales ruidos, por destrozantes ansiedades espirituales y por duras necesidades materiales.

Pobre hombre de las ciudades, que corre como un humilde e insignificante insecto para no ser aplastado por las máquinas ululantes de las calzadas y de las calles.

Pobre hombre de las ciudades, que vive entre jaulas, sin sol, sin ríos y sin árboles.

Pobre hombre de las ciudades, acomodado a la fuerza en un hormiguero sin fraternidad y sin ayuda.

Pobre hombre de las ciudades: Regresa a la selva majestuosa y aprende la ley del amor, y oye la sinfonía armoniosa que millares de canoras gargantas elevan en la ancha paz de las soledades y los silencios.

Pobre hombre de las ciudades: Regresa a tu llanura, a tu llanura pródiga y fecunda, que como núbil virgen te ofrece sus labios teñidos en el rubí de las auroras, te ofrece sus trémulos senos de manantiales purísimos y tibios, y te ofrece el perfume divino de su sexo, en el fresco olor de sus florestas virginales y en el lujurante balanceo de sus orquídeas, medidas con los suspiros de las brisas.

